

Fundamentos en humanidades
Universidad Nacional de San Luis
Año V - N° II (10/2004) 43 / 52 pp.

El sentido del trabajo como eje estructurante de la identidad personal y social: el caso de jóvenes argentinos

Leticia Marin
Universidad Nacional de San Luis
e-mail: olmarin@unsl.edu.ar

Resumen

En la presente comunicación se desarrolla un conjunto de reflexiones acerca de la incidencia que el trabajo tiene sobre un núcleo central de la subjetividad, como es la identidad. Se analiza la idea de la autorrealización personal y social a través del trabajo poniendo en evidencia la ambivalencia creada entre, concepciones aparentemente emancipadoras que conciben la centralidad del trabajo en la vida humana como parte del proyecto racional de la modernidad y las que rescatan otras áreas de la actividad humana, cuyo potencial creativo y liberador requerirían, liberarse del trabajo tradicional.

Los cambios en las configuraciones subjetivas son analizadas en el marco de las grandes transformaciones políticas, económicas y socio - culturales que se producen en el mundo. Se aborda la construcción de la identidad en los jóvenes de la Argentina actual, en momentos en que se desvanecen los que fueron ejes estructurantes de la subjetividad en generaciones precedentes; tal como el trabajo, que pierde su capacidad de anclaje identificatorio y es remplazado por las significaciones imaginarias del capitalismo.

Abstract

In this work, several reflections on the incidence that work has on identity, a central point of subjectivity, are developed. The idea of personal and social self-realization through work is analyzed. The ambivalence between apparently emancipating conceptions which conceive work centrality in human life as part of the rational project of modernity, and those conceptions that include other areas of

human activity is highlighted. These other areas have a creative and liberating potential which would require to get rid of traditional work. Changes in subjective configurations are analyzed within the great political, economic and socio-cultural transformations taking place in the world. The construction of young Argentinean people's identity nowadays is examined. This is done in a time where preceding generations' structuring pivots of subjectivity are vanishing, such as work which loses its ability of being an identifying anchor and is replaced by capitalism imaginary significations.

Palabras claves

trabajo – identidad - significación social – mercado - jóvenes

Key words

work – identity - social meaning - market - young people

Introducción

Una idea bastante difundida en los estudios psicosociales acerca del «trabajo» desde hacen varias décadas, es considerarlo como núcleo central en la construcción de la identidad personal y social; aún cuando se lo vincule con valores tan disímiles como la autorrealización a través del trabajo, la supervivencia o el consumo, en donde se funden el medio y el fin para dar lugar a un nuevo fin, gestado como expectativa por el capitalismo global (Jahoda, 1987; Torregrosa, 1989; Álvaro Estramiana, 1992; Camps, 1992; Malfé, 1995; Galli y Malfé, 1996; Crespo y otros, 1998). Desde enfoques diferentes estos estudiosos del tema, analizan la incidencia que tiene la situación de “trabajo” o de “sin trabajo” y los valores socioculturales ligados a ellas, sobre la estructuración de la personalidad, sobre la salud - enfermedad física y psicológica, en las relaciones familiares y sociales en general, sobre el sentimiento de pertenencia o de aislamiento, sobre la autoestima, en suma sobre varios factores que intervienen en la conformación de la identidad. Se ha observado que la disminución de la valoración social que actualmente tiene «el trabajo» a consecuencia de la precariedad, inestabilidad y la falta de trabajo, se contradicen con las políticas educativas que se orientan a la socialización de los niños y jóvenes para una mejor inserción laboral futura. Al respecto una idea fuerte sobre la dimensión subjetiva vinculada a esta situación, es que la no obtención de un lugar para trabajar luego de un proceso de socialización ocupacional o de una formación profesional, puede producir una desorganización de la personalidad o un retraso en la conformación de la identidad social.

Bernard y Roustang -citados por Gabetta (2004) - señalan que *«la percepción de la necesidad de trabajo, que es siempre- al menos simbólicamente- participación en la lucha colectiva por la vida, sigue siendo el principio de realidad que estructura las personalidades, que justifica las obligaciones respecto del propio futuro, de la familia y de la sociedad»*.

La reflexión acerca de la incidencia que el trabajo -cuya significación instituída es eminentemente sociopolítica y económica- tiene sobre un núcleo central de la subjetividad, como es la identidad, constituye un desafío interesante en momentos críticos de la sociedad contemporánea, en que no sólo es puesto en cuestión el valor trabajo, sino también el concepto mismo de identidad .

La construcción de la identidad social de las personas, la concibo como un proceso que integra la dialéctica permanente entre el mundo intrasubjetivo de las representaciones y los afectos; el mundo intersubjetivo en el que se construye el vínculo constitutivo entre el sujeto y los otros significantes -»el mundo de la vida« - y el mundo transubjetivo vinculado a ese macrocontexto histórico e ideológico legitimador de la realidad social y personal. Ese mundo de las producciones político-económicas, socio-culturales y simbólicas que atraviesan las instituciones dotando de sentido las relaciones entre los hombres y de éstos con su entorno institucional.

I

La participación que tiene la situación laboral -como parte de ese mundo transubjetivo- sobre la construcción de la identidad psicosocial, es una idea que tiene un anclaje profundo en el mito de la autorrealización personal y social a través del trabajo que, inspirado en los principios doctrinarios del cristianismo, el marxismo y los desarrollos humanistas que se gestaron en el siglo XIX, se proyectó en los tiempos que siguieron como parte de la legitimación de sistemas tan disímiles como el capitalista y el comunista. Los enfoques contemporáneos críticos pusieron en cuestión esta creencia, poniendo en evidencia la ambivalencia creada entre concepciones aparentemente emancipadoras que conciben la centralidad del trabajo en la vida humana como parte del proyecto racional de la modernidad y las que rescatan otras áreas de la actividad humana cuyo potencial creativo y liberador requerirían, liberarse del trabajo, al menos del trabajo alienado.

Liberarse del trabajo alienado, podría significar pensar el trabajo desde sus peculiaridades individuales y su capacidad para aportar al enriquecimiento personal en una suerte de objetivación de sí mismo a través de la identificación con

lo que se produce, como la que concibiera Marx para un estadio final de acercamiento a la utopía del comunismo. Entonces, una vez logrado el dominio de las necesidades básicas y superadas las desigualdades que genera las relaciones propias del capitalismo -sobre una base de equidad- los hombres se vincularían en una suerte de actividades creativas y libres; un trabajo exento de la presión coactiva de la producción. Una utopía que puede interpretarse como, liberarse del trabajo rescatando otras formas creativas de interrelación entre los humanos o crear otras formas de trabajo que lo conviertan en una praxis liberadora. Con relación a ello dice Mèda (1998) -refiriéndose a esta segunda fase de la sociedad comunista en el pensamiento de Marx- « *Durante esta segunda fase el significado del trabajo habrá cambiado: no es alienación y sí expresión del yo. Entonces la clásica oposición entre trabajo y ocio se deshace: el trabajo también es auto-realización, trabajo y ocio son en esencia, idénticos*» (Mèda, 1998: 90).

En el pensamiento de Marx, sin embargo la interrelación entre los hombres siempre estaría mediada por la dimensión económica que interviene como matriz de toda la realidad social, fundamentalmente de la política y son las fuerzas productivas las que determinan las relaciones sociales y le dan sentido al trabajo. Cuando cambia la naturaleza del trabajo y la productividad recae en la mecanización del proceso -continúa diciendo Mèda- « *El trabajo encauza, entonces, el desarrollo de las personas, y no tanto debido a su nuevo contenido sino porque ya puede alcanzar su finalidad última: hacer de la producción el acto social por antonomasia*» (Mèda, 1998: 90).

Sin embargo el trabajo productivo siempre sufre la coacción de quien define la necesidad y las condiciones en que se satisface. Ello limita la potencialidad creativa y de transformación del hombre a través de su trabajo, según la proyección utópica del valor central del trabajo que concibiera Marx. Para amplios sectores de la población mundial actual, el mundo del trabajo ha profundizado sus características de subordinación a condiciones alienantes y para muchos más, la lógica que regula las relaciones económicas, simplemente los expulsa hasta de las mínimas condiciones de subsistencia.

II

En contraposición a la concepción marxista, Habermas (1987) quita centralidad al papel del trabajo en la vida social y lo sitúa en el plano de las relaciones con la naturaleza y la satisfacción de necesidades. Habermas critica el reduccionismo que se realiza en algunas líneas de pensamiento cuando identifican la vida

social con el trabajo y prefiere enfatizar el valor de la política, la comunicación y las instituciones como formas constitutivas de las relaciones entre los hombres. Así se refiere a aquellas áreas de la vida humana no contaminadas por la racionalidad productiva, «mundos de vida» con posibilidades más creativas en la construcción de sentidos. Los estudios sobre el significado del trabajo y el cambio cultural ponen de manifiesto el conflicto en las sociedades actuales que, como dice Habermas, se manifiesta en términos de disociación entre la lógica personal y la lógica de la legitimación del sistema, en tanto esta última coloniza el mundo de la vida. La racionalidad comunicativa que es inherente a la acción comunicativa, es analizada por este autor, como la racionalidad de los modos de vida y la racionalidad de las imágenes del mundo o sistemas culturales de interpretación. Sistemas *«que reflejan el saber de fondo de los grupos sociales y que garantizan la coherencia en la diversidad de sus orientaciones de acción»* (Habermas, 1987: 70). El carácter histórico de estas imágenes del mundo, es lo que permitiría comprender las rupturas en la racionalidad del mundo del trabajo y su incidencia en la orientación de las acciones individuales y colectivas, pero fundamentalmente, se podría *«...inquirir las estructuras de racionalidad simbólicamente materializadas en las imágenes del mundo»* (Habermas, 1987: 71). La construcción de la subjetividad está atravesada por estas imágenes, cuyos códigos de interpretación enfrentan al sujeto con las contradicciones significativas que genera el desencuentro entre la satisfacción de sus necesidades - materiales y simbólicas - y la lógica de un sistema que lo aniquila.

En un sentido similar el filósofo francés André Gorz desarrolla su tesis en el marco de la polémica acerca del fin del trabajo, contradiciendo el pensamiento marxista sobre el papel central que ocupa el trabajo en la estructuración de todas las relaciones sociales y por lo tanto su carácter esencial para la vida humana. En una franca reivindicación de las actividades humanas que transcurren fuera de la esfera del trabajo y fundamentalmente de la sociedad salarial, Gorz rompe la relación trabajo - remuneración y promueve una renta básica para todos los ciudadanos sin que signifique la contraprestación de un trabajo. Esta idea, que en el marco optimista de los inicios de la revolución tecnológica del '80, planteaba la satisfacción de las necesidades con menos trabajo y más tiempo libre, incluye una concepción en la que el desarrollo de la identidad personal y social ya no depende del hecho de tener un empleo y por lo tanto no está centrada en el trabajo. Dice Gorz (1995) al referirse a la inversión de valores: *«Tenemos que hacernos a la idea de que vamos hacia una civilización en la que el trabajo no representa más que una ocupación cada vez más intermitente y cada vez menos*

importante para el sentido de la vida y la imagen que cada uno se hace de sí mismo Para la gran mayoría de las personas la producción de sí mismas, la producción de sentidos y la producción de relaciones sociales se efectúa principalmente durante el tiempo fuera del trabajo» (Gorz, 1995: 79). En una investigación citada por el autor sólo un 7% de los jóvenes entre 18 y 25 años, mencionan «el trabajo» al ser interrogadas acerca del «factor principal de realización personal» y «el principal medio de dar sentido a su vida».

Los resultados de este estudio se condicen con los resultados que obtuvimos al investigar los significados constitutivos de la concepción acerca del trabajo que construyen jóvenes universitarios en Argentina de los últimos años. En el intercambio conversacional que propiciamos en grupos focales, jóvenes de entre 18 y 28 años que cursan diferentes carreras en la Universidad Nacional de San Luis, producen un discurso con el que objetivan un mundo laboral conflictivo, producto de una sociedad de la que emergen demandas contradictorias. En ese contexto la autorrealización personal se vincula con actividades no obligatorias, que carecen de presiones y por lo tanto «no son trabajo». El placer de hacer lo que a uno le gusta se percibe como un privilegio de pocos y en general la satisfacción personal no está asociado con el trabajo por el que a uno le pagan, sino mas bien a actividades que tienen que ver con el gusto o las preferencias que se canalizan a través de *hobbies* (Marín y otros, 2003).

Ante la inevitabilidad del desempleo estructural masivo, que según Gorz en los países del Tercer Mundo puede asumir dimensiones desastrosas, se promueve una configuración subjetiva diferente que pueda hacer frente a un cambio axiológico congruente con la crisis de toda una civilización. Cambios económicos y políticos que no me detendré a analizar aquí, para no desviarme demasiado del objetivo de la presente comunicación, pero que sin embargo, no puedo dejar de visualizar todo ello como parte de una red de relaciones complejas que atrapan al sujeto común en una trama que lo sujeta, en el sentido que le da Foucault, hasta el punto de hegemonizar su representación acerca del mundo y su relación con él.

III

Sin embargo en el contexto socio-cultural actual de Argentina, perduran de manera yuxtapuesta diversas configuraciones subjetivas producto de circunstancias históricas diferentes, que revelan valoraciones a veces contrapuestas y en pugna con la racionalidad del mundo del trabajo que impone el sistema dominante en occidente. Una heterogeneidad de actitudes hacia el trabajo, que se entre-

mezclan con muy diferentes condiciones de vida social y de trabajo. Malfé (1995), analiza esta diversidad como producto de un proceso histórico, pero subordinadas a «una constelación cultural hegemónica (en este momento, la que sirve al paradigma neo-liberal que está requerido por el capitalismo «salvaje»)» (Malfé, 1995: 166).

Adquiere fuerza instituyente en la configuración de la realidad social, la hegemonía actual de la ideología capitalista desde donde se promueve -aún en países emergentes, o sumergidos como el nuestro- creencias como por ejemplo que «el consumo mejora la calidad de vida» o que «el crecimiento ilimitado de la producción y de las fuerzas productivas es de hecho la finalidad central de la vida humana». Franco (2000) a esta última idea la interpreta como una significación imaginaria del capitalismo frente a la cual el individuo pierde autonomía al ser socializado en imaginarios de cuya construcción no ha participado. Ello produciría un desvanecimiento de su subjetividad, en términos de Castoriadis, “un sujeto conformista y privatizado” que se aleja de las actividades de interés común y se refugia en un mundo privado. Esto sería parte del fracaso del proyecto de autonomía concebido en la modernidad, que pensó en un individuo libre que participaba y se producía a partir de la reflexión y la deliberación en el seno de su sociedad. En cambio, en el triunfo de la significación imaginaria capitalista, la realidad social es reificada por el mercado y el sujeto es producido como un valor intercambiable.

«¿Por qué la situación actual es de tal incertidumbre? -se pregunta Castoriadis- Porque, más y más, hemos visto desarrollarse, en el mundo occidental, un tipo de individuo que no es el tipo de individuo de una sociedad democrática o de una sociedad donde pueda lucharse por incrementar la libertad, sino un tipo de individuo que está privatizado, que está enfermo dentro de su pequeña miseria personal y que ha devenido cínico a consecuencia de la política».

Las significaciones imaginarias sociales del capitalismo redefinen la realidad y la relación de los individuos con esa realidad. El poder hegemónico de estas fuerzas se construye sobre la invención permanente de identidades ajustadas a la lógica del mercado y modificables según sus necesidades. Hay una pérdida de referentes estables y de límites espacio temporales, que contribuye a desdibujar los contenidos y procesos en la construcción de la identidad social. La homogenización cultural que se promueve a través de los medios de comunicación y

de la tecnología informática, el pensamiento único que instituye «el fin de la historia» y «el fin de las ideologías», el descreimiento hacia los políticos como haceedores de algo diferente, conducen a crear relaciones circunstanciales y efímeras acordes con el ritmo cambiante del mercado. Como dice Franco, las significaciones imaginarias del capitalismo *«animan a una sociedad, se encarnan en sus instituciones (escuela, familia, trabajo, medios de comunicación, etc.), y son incorporadas por los individuos al participar de ellas, socializando su psiquismo»* (Franco, 2000).

IV

Los jóvenes en Argentina y en varias partes del mundo, han sido arrojados a un vacío significacional. Frente a la pérdida de representaciones de la realidad construidas en torno a ciertas certezas -como el valor del estudio y del trabajo en la configuración de un proyecto personal y social- se hallan en la búsqueda, a veces frenética y hasta confusa, de ejes estructurantes y nuevos organizadores de la subjetividad, en un tiempo y en un contexto que por el momento les dificulta el camino. Se incorporan a la dialéctica social en un juego de fuerzas contrapuestas que desdibujan su inserción en la historia social y se refugian en un mundo privado diseñado por el mercado, que los motiva compulsivamente a consumir, aunque les provea sólo recursos precarios.

El «trabajo» o el «no trabajo» sigue definiendo la historia individual de los jóvenes, en tanto instrumento para insertarse en la vida cotidiana y disfrutar de o ilusionarse con, el mundo hedonista que construye la sociedad de consumo; pero cada vez menos puede ser un núcleo configurante de la subjetividad en tanto no es un valor social que forme parte del sentido de la vida y provea un anclaje identificadorio simbólico fuerte. El trabajo como valor se desvanece, porque se asocia con el desempleo creciente, con condiciones laborales precarias, con la falta de satisfacción personal, con la indignidad y la explotación (Marín y otros, 2002). Hay un abismo entre el esfuerzo y la recompensa, por lo tanto se impone un sentimiento de impotencia, de descreimiento y de carencia de sentido, que lleva a la búsqueda de nuevas formas de reconocerse y presentarse personal y socialmente.

Ante el desvanecimiento de los grandes pilares forjadores de identidad tales como, la militancia política, la definición ideológica que caracterizó a generaciones precedentes, la identidad nacional y laboral, muchos jóvenes construyen identidades sociales más localistas, de familia, de asociaciones, clubes deportivos,

de grupos configurados según los símbolos que impone el mercado; como las denominadas tribus urbanas, que ritualizan sus prácticas en espacios resignificados, donde la mirada de sus pares, la seducción y el placer de lo inmediato y efímero, funcionan como marcas de identidad.

V

Seguramente que el desafío y las expectativas de recuperar referentes más estables para los jóvenes, asociados a lo mejor de nuestra cultura y de nuestras tradiciones, deben orientarse hacia la política. Un primer paso es recuperar nuestro sentido de pertenencia física y simbólica a un país, al que se lo intenta borrar desde los centros financieros mundiales. Ello significa recuperar el Estado - Nación argentino que contrarreste las fuerzas de la globalización cultural, comercial, tecnológica y financiera. Desde allí será posible recrear un contexto socio cultural que reinstale la vigencia de aquellos valores que sirven al afianzamiento personal, la autoestima y el bienestar, en un país, que irá recuperando la identidad perdida. *“El enemigo de la dominación es la rebeldía a favor de una vida buena con y para el otro en instituciones justas”* - dice Palazón (2002: 108)- al ir marcando formas de salir de «la imposición despersonalizadora del sí mismo» que impone la masificación.

Será necesario reforzar los movimientos de resistencia que han surgido en el país y en el mundo; redefinir los espacios transubjetivos, en términos políticos, institucionales y relacionales de manera de erradicar las significaciones hegemónicas del mundo capitalista. Así los adolescentes y jóvenes podrían incorporarse a espacios sociales creativos y éticos donde el estudio y el trabajo, apunten el proceso de configurar una identidad autónoma, que se reafirma constantemente en los objetivos elegidos y cumplidos en libertad **■**

Referencias bibliográficas

- Álvaro Estramiana, J. L. (1992). *Desempleo y bienestar psicológico*. Madrid: Siglo XXI.
- Camps, V. (1992). El sentido del trabajo y el ethos individualista. *El Socialismo del Futuro*. Nº 6, 123 - 132.
- Crespo, E., Bergère, J., Torregrosa, J. y Álvaro, J. (1998) Los significados del trabajo: un análisis lexicográfico y discursivo. *Sociología del trabajo, Nueva Época*. Nº 33, 51-70.
- Franco, Y. (2000). Subjetividad: lo que el mercado se llevó. (Una perspectiva desde el pensamiento de Cornelius Castoriadis). *Herramienta*, Nº 12, Buenos Aires.
- Galli, V. y Malfé, R. (1996). Desocupación, identidad y salud. En *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*. Buenos Aires: UNICEF / Losada.
- Gorz, A. (1995). Salir de la sociedad salarial. *Debats* Nº 50, 75 - 83
- Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.
- Jahoda, M. (1987) *Empleo y desempleo: un análisis socio-psicológico*. Madrid: Morata.
- Malfé, R. (1995). *Fantásmata. El vector imaginario de procesos e instituciones sociales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Marín, L., Marrau, C. y Luquez, S. (2003) La concepción acerca del trabajo en los jóvenes universitarios de la Argentina Actual. *Revista del Consejo Nacional para la Enseñanza e Investigación en Psicología*. Vol. 8, Nº 2, México.
- Palazón M., M. R. (2002) La identidad perdida y la cultura masificada: un diagnóstico. *Revista Intersticios, Año 7, Nº 17*. México.
- Perret, B. y Roustang, G. (1993). *L'économie contre la société*, Le Seuil, Paris. Citado por Gabetta, C. (2004). La ilusión del trabajo. *Le monde diplomatique*, edición Cono Sur, febrero.
- Torregrosa, J.R. (1989). Actitudes de los jóvenes hacia el trabajo. En Torregrosa y otros (comp.). *Juventud, trabajo y desempleo: un análisis psicosociológico*. Madrid: Ministerio de Trabajo.